



EL DUENDE VERDE



EL A&E&NATO
DEL PROFE&R
DE MÚ&CA

Jordi Sierra i Fabra

Ilustración: Pablo Núñez

ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2011

www.sierraifabra.com

© De las ilustraciones: Pablo Núñez, 2011

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011

© De la imagen de la página 19: Images/Scala

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2011

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-667-9491-6

Depósito legal: M. 6165/2011

Impreso en Estudios Gráficos Europeos, S.A.

Polígono Industrial Nelsa Sur

Avda. Andalucía, km 10,300

28021 Madrid

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva

Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,



EL DUENDE VERDE

Jordi Sierra i Fabra

EL A&E&T NATO
DEL PROFE&OR
DE MÚ&CA

Ilustración: Pablo Núñez

Q U E R I D O L E C T O R

¡Ah, la música! Siempre he sido un rockero, desde niño. Bueno, de niño me oía óperas por la radio, pero con la aparición de los Beatles... de cabeza. Durante años fui director y/o fundador de las principales revistas de música de España. Lo dejé todo para seguir mi vocación literaria y viajera, pero sigo escribiendo con música, tengo 30 000 discos, y en mi casa hay muchas fotos mías con estrellas de este universo mágico y maravilloso.

Hoy lo que más siento es no haber tenido clase de música en la escuela. No sabéis la suerte que tenéis los que, aunque sea una hora a la semana (bendita hora), os sumergís en el mundo mágico de las corcheas, las fusas y las semifusas. ¡Lo que daría por saber tocar un instrumento! Pero no cayó esa breva, eran otros tiempos.

Si el arte es lo único que nos diferencia de las bestias y nos hace entrar en armonía con el universo, la música es

el arte supremo, porque supone comunicación instantánea entre el ejecutante y el espectador. Pura sensibilidad.

Después de "matar" a profes de matemáticas y lengua, este libro es un homenaje a todos los profesores de música que, luchando contra corriente, a veces en solitario, casi desapercibidos, tratan de haceros amar esta maravilla humana.

Keep on rocking!



Capítulo

1

(U2)

EL profesor de música, Gustavo Valbuena, escribía las cinco líneas de un pentagrama en la pizarra. Era como si no hubiera hecho otra cosa en la vida, porque le salían milagrosamente iguales, perfectas, separadas por el mismo espacio. Eso era algo que, sin duda, les maravillaba. A veces, cuando no había mayores en clase, intentaban hacer lo mismo. Y era imposible que las cinco rayas salieran igual. Una u otra se torcía. Una u otra salía mal. Una u otra quedaba separada más o menos de las restantes. En cambio, él... ¡zas, zas, zas, zas y zas! Ahí estaban.

Luego, con soltura profesional, las empezaba a llenar de notas, como pájaros colgados de los alambres de las torres de alta tensión que jalonaban las afueras de la pequeña ciudad, aunque algunos lo llamaran todavía «pueblo grande».

Parecía mentira que de todo aquello pudiera salir música.

El profesor Gustavo les miró de reojo.

La cara iluminada.

La sonrisa feliz.

Porque, pese a que parecía dar clase a un montón de piedras, él era feliz. Un tipo siempre esperanzado que creía que, tarde o temprano, el gusanillo de la música penetraría en sus cabezas.

Le gustaba más la música que la miel a las abejas o un caramelo a un niño. Y se trataba de toda la música, TODA, nada de elitismos. Clásica, jazz, rock, fusiones varias... Decía que sin música no se podía vivir, que era el alimento del espíritu, la energía del alma, el color de la vida, el tal y el cual. Cada clase era un canto de amor por su asignatura, aunque él no lo llamara así.

Lo llamaba despertar.

Algunos, lamentablemente, seguían dormidos.

Dormidos con los ojos abiertos, porque no entendían ni media, por más que lo intentaran. A fin de cuentas, la música no era como las matemáticas o la lengua. ¿Qué más daba saber las notas o cantar o lo que fuera? ¿Iban a ser músicos? No. En cambio, las matemáticas, aunque difíciles, sí servían para algo. Y también leer y escribir. Eso era básico.

Pero la música...

Por eso les suspendían tanto o iban tan apretados en matemáticas y en lengua.

Debajo de las cinco líneas del pentagrama, de pronto, su maestro trazó una sola raya y la llenó de signos a una velocidad tremenda. Salían más rápido de su cabeza que las palabras de la boca de Felipe, que era una ametralladora hablando.

gio y en la fiesta mayor. Lo suyo sí era vocacional. El día menos pensado grabaría un disco, triunfaría y pondría el nombre de la ciudad en un mapa.

Además, no era insoportable.

No iba de guapa, aunque lo era.

Dos o tres la miraron con respeto por su sapiencia. Dos o tres más, abatidos.

Estos últimos eran los más negados.

Irene, Berto y Antonio.

Casualmente se sentaban juntos, como si el destino los hubiera escogido con un dedo tonto y acusador.

El profesor Gustavo les abarcó con una mirada triste.

—Antonio, ¿cómo se llaman los signos que tienen duración pero no tienen sonido?

Antonio se puso rojo. Estuvo a punto de decir «kilómetros».

—Silencios —le sopló alguien a su espalda.

—Eso, silencio, Marta —la reprendió el maestro antes de dirigirse a Berto para preguntarle—: ¿Dónde están los semitonos de la escala de DO?

Berto tragó saliva y puso cara de pensárselo mucho, pero que mucho. Tanto que dejó de respirar y acabó rojo como un tomate.

—Entre MI-FA y SI-DO —exhaló en medio de una bocanada de aire el profesor Gustavo.

Ya no quiso ridiculizar a Irene.

—Chicos, ¡chicos!, ¿no os dais cuenta de que el arte os hará mejores personas? Las piedras no se



emocionan viendo un cuadro porque no tienen ojos, ni escuchando una sinfonía porque no pueden oír. ¡Pero nosotros sí tenemos ojos, y oídos, y sensibilidad! ¡El arte es lo único que nos hace mejores, que nos acerca a todo de una forma... única, especial! ¡El arte nos da sensibilidad! ¡Y de entre todas las manifestaciones artísticas, la música es la más inmediata y directa! Un cuadro hay que ir a verlo, a un museo o a un estudio, o fotografiado en un libro (aunque no es lo mismo), y una película exige un tiempo para visualizarla, lo mismo que un libro para ser leído. Pero la música está en todas partes: en la tele, la radio, por la calle, en un ascensor, en uno de esos malditos coches con las ventanillas bajadas y el volumen a toda mecha... ¡Es un regalo!

—¿Y qué necesidad hay de saber música para que te guste una canción o una de esas cosas sinfónicas?

—Ninguna, es una opción, pero saber de algo no te hace daño, y más tratándose de arte; al contrario, te va a enriquecer la vida, y, créeme, una vida rica y plena es mucho mejor. ¡Y no digas «cosas» sinfónicas, un respeto!

Se echaron a reír.

—Ya se pone trascendente —musitó Antonio.

—¡Jo!, hay que ver cómo le da —susurró Berto.

Irene estaba triste.

Le gustaba el profesor Gustavo.

Era tan inocentemente apasionado, joven, atractivo...

—Callaos y no lo compliquéis más —les dijo a sus dos compañeros.

—Bueno, tenemos todo el curso por delante para tratar de cambiar esto —se cruzó de brazos el maestro—. No es la primera vez que me tropiezo con adoquines en el asfalto de la carretera de la música.

Iba a sonar el timbre.

Cinco, cuatro, tres...

—La próxima semana quiero que me traigáis una lista con las diez canciones que más os gusten ahora mismo y el porqué. ¡Y el porqué razonado, nada de porque sí o porque os pone o...!

Dos, uno...

El timbre.

Todos se levantaron para salir del aula de música, a la que asistían solo una vez por semana, porque la música, como siempre, estaba supeditada a todos los planes de estudio, que la convertían en algo de lo más superfluo y en apariencia estéril.

El profesor Gustavo trató de mantener su sonrisa, pero le costó.

Le costó mucho.

A veces parecía que la sociedad caminaba... corría hacia el caos.

El vacío existencial.

—Irene, Antonio, Berto, quedaos —dijo de pronto.